

Retórica, ética y pedagogía en Arias Montano. Una aproximación a la filosofía del humanismo

JUAN LUIS SUÁREZ.
McGill University

1. LA RETÓRICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO.

La confrontación entre filólogos y filósofos es una de las manifestaciones más claras de la ruptura que el humanismo creó en la visión medieval del mundo. Esta diferenciación entre humanistas o filólogos y escolásticos o filósofos, lejos de ser precisa, tiene como motivo principal el rechazo esencial de los humanistas de las primeras generaciones por todo aquello que tuviera que ver con las formulaciones y el lenguaje de la escolástica. Sin embargo, este rechazo inicial de las prácticas escolásticas no fue acompañado de una clara aversión hacia la filosofía, sino que fue especialmente la metafísica la que concitó ciertos reparos que, por otra parte, fueron seguidos por un creciente interés por disciplinas prácticas tales como la ética, la filosofía política y la retórica¹. Si la preocupación por el lenguaje y por todo aquello que tuviera que ver con la retórica y la poética eran los objetivos principales del humanismo, la misma elección de estas formas de discurso suponía la adopción de un nuevo paradigma filosófico que se remontaba a la filosofía práctica de Aristóteles². El redescubrimiento de la

¹ "Rather, the typical humanist approach to the philosophical tradition was to seek out the most ancient sources unmuddied by centuries of dubious exegesis and to shift the chief focus of attention away from metaphysics towards ethics and politics in search of virtues with good classical credentials and yet relevant to the needs of their changing society". Vasoli, C.: "The Renaissance Concept of Philosophy", en Schmitt, Skinner et al.: *The Cambridge History of Renaissance Philosophy*, Cambridge, CUP., 1992, págs. 60-61.

² "Typically the humanists directed their knowledge of classical learning towards the problems of civil life, the arts by which men may live well and the sapientia which teaches how man may achieve perfection while still in this life". *Ibid.*, pág. 63.

importancia del lenguaje para todas las actividades humanas estaba en la base de la nueva perspectiva con que el humanismo renacentista afrontó el problema del conocimiento³.

En realidad, la confrontación entre los partidarios de dar prioridad a la filología y aquellos que apostaban por una enseñanza eminentemente filosófica es un problema antiguo en la historia del pensamiento occidental. Gracias a Platón nos ha sido posible conocer la lucha permanente de Sócrates contra los sofistas de su tiempo. Este debate tenía unas claras connotaciones de tipo político, relacionadas con el cambio social y político que la polis griega estaba sufriendo en el período que escribe Platón. Pero aparte de este trasfondo político, la lucha por establecer de manera apropiada la posición y el valor auténtico de la retórica en el universo del saber griego tiene que ver directamente con las diferentes posturas epistemológicas que representaban uno y otro punto de vista. La práctica misma de los sofistas estaba presidida por dos principios fundamentales que determinaban la estructura del mundo del conocimiento. De una parte, la retórica era concebida como un arte, como una técnica, nunca como ciencia. Esta caracterización de la retórica como arte marcaba ya desde el comienzo su disposición respecto a la disciplina a la que estaban dedicados los sofistas, ya que inseparablemente unida a ella iba la aceptación de que había un conjunto de saberes o de conocimientos enseñable. Es decir, la aceptación de la retórica como arte suponía la asunción de que el contenido mismo de ese arte se podía enseñar y transmitir; por lo tanto, el conocimiento no era propiedad exclusiva de un grupo de hombres -ya fueran éstos los más poderosos o los más sabios-, sino que se presentaba como un universo abierto al conjunto de los hombres que vivían en la comunidad. El esfuerzo por establecer qué se puede enseñar y, en última instancia, si la virtud, la manera del buen vivir, se puede transmitir, será el empeño que conducirá a Platón a escribir algunos de sus más importantes diálogos, en concreto el *Protágoras*, el *Gorgias* y una buena parte de la *República*. Como veremos más adelante, este presupuesto ideológico será de singular importancia para entender la íntima relación que el humanismo cristiano establecerá entre los tres niveles de su discurso filosófico, a saber, el conocimiento (o sabiduría, según el nivel de iniciación de que estemos hablando), la ética y la pedagogía.

³ "Language is the tool by which the mind can display its good traits, and convert others to doing good through conversation or writing. Eloquence is a vital aid to practical ethics, rousing the self and others to a life of virtue". Vickers, B.: "Rhetoric and Poetics"; en *op. cit.*, pág. 727.

El segundo presupuesto sobre el que se asentaba la práctica sofista estaba íntimamente relacionado con la teoría del conocimiento. Según esta tradición, el conocimiento no podía ser sino relativo para el sujeto, lo que les hacía desembocar en un escepticismo que el Sócrates platónico se empeñó una y otra vez en derribar. Las consecuencias de la aceptación de un escepticismo moderado -mucho más que las consecuencias conservadoras que se derivan del escepticismo radical-, junto a una falta absoluta de principios morales en su actuación cotidiana son los motivos que movieron a Platón a escribir contra los sofistas y a establecer una sutil distinción entre sofística y retórica, distinción que será asumida por la tradición aristotélica, por Cicerón y por el humanismo cristiano a través de San Agustín y de Vives.

En realidad, la distinción platónica entre sofística y retórica tiene como punto de partida la misma contradicción en los términos que se deduce de los presupuestos ideológicos de la sofística. De la posición mantenida por Gorgias y sus seguidores resalta un hecho que, bien explotado por el agudo Platón, va a servir para derribar las propias tesis sofísticas. Platón se pregunta cómo es posible que el conocimiento sea completamente subjetivo, relativo a cada perceptor y que sea reducido al mero reino de las creencias y, a la vez, que los sofistas prediquen el ideal democrático de la educación para todos. Si aceptamos la idea de que no hay conocimiento firme, entonces ¿qué vamos a enseñar? ¿De qué estará compuesto el cuerpo de enseñanzas que pretendemos para todos los ciudadanos? De esta forma, dándole la vuelta al argumento, Platón se vale de los presupuestos de la sofística para salvar la capacidad pedagógica del hombre y, al mismo tiempo, conservar la creencia en la existencia de un conocimiento verdadero y firme sobre el que establecer las bases del comportamiento del hombre tanto en su vida individual -la ética- como dentro del cuerpo social -la política. La cuestión para el adversario de Protágoras y de Gorgias era, pues, la de distinguir entre la mala y la buena retórica, distinción que se realizaría en función del tipo de hombre que resultara de una y otra actividad. Por eso, Sócrates se empeña ante el irreverente Calicles por dejar bien asentada la diferencia entre retórica (la mala retórica, la mera sofística que no enseña al hombre el buen vivir) y filosofía (la buena retórica, ciencia que conduce al conocimiento verdadero):

«ni tampoco recibas mis palabras creyendo que bromeo, pues ya ves que nuestra conversación trata de lo que cualquier hombre, aun de poco sentido, tomaría más en serio, a saber, de qué modo hay que vivir: si de este modo al que tú me exhortas, que consiste en hacer lo que, según tú, corresponde a un hombre, es decir, hablar ante el pueblo, ejercitar la retórica y gobernar del

modo que vosotros gobernáis ahora, o bien de este otro modo de vida dedicada a la filosofía, sabiendo en qué este modo aventaja a aquél»⁴.

El sutil método que utiliza Platón para salvar la retórica y también la filosofía, entendida ésta como conjunto de saberes verdaderos que llevan al hombre hacia el buen vivir, será de gran importancia para entender la recepción del problema del conocimiento más adelante. De una parte, con este compromiso entre sofística y retórica establece las bases de un claro dogmatismo epistemológico sobre la base de que hay ciertos principios ontológicos que son estables y que hay que conocer. Al mismo tiempo, con la interpretación aristotélica del compromiso platónico, el asunto toma una dimensión estrictamente práctica, ya que lo que importa sobre todo es que la retórica ayude a los hombres a ser buenos mediante el conocimiento de las virtudes y no tanto cuál sea la definición misma de la virtud tal y como pretendía inicialmente Sócrates⁵. En este punto, confluyen los tres niveles de los que se valdrá el humanismo cristiano para utilizar la retórica como género en el que expresar todo su pensamiento filosófico, ya que a la importancia de que haya un conocimiento verdadero -una verdad revelada dirán estos humanistas- se unen la necesidad de que la vida del hombre esté regida por esa verdad indiscutible, es decir, que la ética dirija la vida y, por último, que se pueda enseñar el cuerpo de saberes prácticos a todos los cristianos, a cualquiera de los que creen en la verdad de la fe. Dogmatismo epistemológico, preeminencia del saber práctico -en sus dimensiones de conocimiento hermenéutico y método ético-⁶ y necesidad de la pedagogía serán, pues, las bases que harán de la retórica el género literario en que el humanismo cristiano mejor expondrá su programa filosófico.

⁴ Platón, *Gorgias*, 500a-d.

⁵ Guthrie, W.K.C.: *Historia de la Filosofía Griega* (vol. 3: Siglo V. Ilustración). Madrid, Gredos, 1988 (Trad. J. Rodríguez Feo), pág. 63.

⁶ El siguiente texto de Arias Montano es un buen ejemplo de la idea que Arias Montano tiene acerca de las posibilidades, límites y método del conocimiento humano: «¡Ay! Os priváis del desarrollo de unas cualidades que, por el contrario, habría que potenciar en un momento de tanto vigor y en esa edad que se pasa tan deprisa, si tuvieseis la oportunidad de poner un límite a vuestro aprendizaje, regularlo con una ley e indagar primero la fuente del conocimiento.» Benito Arias Montano: *Rhetoricorum Libri Quattuor*. Edición de Violeta Pérez Custodio. Badajoz, Diputación Provincial/Universidad de Cádiz, 1984, pág. 10 (en adelante citaré por esta edición, señalándola con la abreviatura *Rhet.*, más el número de página).

2. LA RETÓRICA Y EL PROBLEMA DEL CONOCIMIENTO.

Como ha puesto de manifiesto Pérez Custodio, es Cicerón el autor clásico que más parece haber influido en la concepción retórica de Arias Montano. Esta influencia se da tanto en el nivel conceptual como en el ideológico y se manifiesta en una serie de principios que configuran la relación entre la forma y el contenido en la formulación retórica de Arias Montano; se trata, entre otros aspectos, de la importancia de la formación filosófica del orador, del papel de la dialéctica junto a la elocuencia, de la necesidad del conocimiento de la naturaleza y de la vinculación del orador con la política⁷. Esta influencia de Cicerón en la *Retórica* de nuestro humanista se concreta en la consideración de la elocuencia como lugar en el que confluyen «el pensamiento y la capacidad de exteriorizarlo de una forma bella»⁸ pero no entendido como «una simple técnica del *bene dicendi*, sino que, al tener como base la filosofía, [ésta] se convierte en garante de la correcta formación integral del orador».⁹ Siguiendo esta interpretación, lo que separa a Arias Montano del orador romano sería la concepción misma de filosofía o, mejor, dicho, su finalidad; mientras que para uno lo prioritario de la filosofía es la base cultural que proporciona y los criterios morales de que provee al orador, para Arias Montano la filosofía es concebida en clave cristiana y son la virtud y las creencias religiosas los elementos imprescindibles de esa filosofía que ha de servir al buen decir del rétor¹⁰. Ahora bien, esta identificación de la filosofía con la doctrina cristiana merece ser estudiada en detalle porque está íntimamente relacionada con el problema del conocimiento en el siglo XVI.

Para la generación de humanistas en la que está incluido Arias Montano la cristiandad ya no era un mundo unívoco y estable. Durante la primera mitad del siglo XVI se había consagrado la escisión entre ortodoxos y protestantes y la Iglesia Católica había iniciado su reordenación doctrinal y moral por medio de la fe tridentina. Por otra parte, el debate escéptico que recorre todo el siglo XVI estaba en su punto culminante cuando Arias Montano escribe. Recordemos que la recuperación de los textos pirrónicos y su publicación habían constituido un arma de gran calibre en el ataque contra el criterio jerárquico de autoridad que

⁷ Pérez Custodio, V.: "Introducción"; en Benito Arias Montano: *Rhetoricorum Libri Quattuor*. Badajoz, Diputación Provincial/Universidad de Cádiz, 1984, págs. LVI-LVII.

⁸ *Ibid.*, pág. LVII.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Ibid.*

la Iglesia había mantenido hasta entonces. Mientras que Erasmo había recurrido al pietismo y al intimismo para no tener que establecer de manera definitiva cuáles eran las tesis de su cristianismo, la respuesta de los católicos franceses fue replicar las ideas luteranas mediante el recurso a las mismas armas escépticas, para así poner en entredicho la autoridad que Lutero reclamaba para sí mismo y para cualquier creyente. Si la autoridad eclesiástica no era suficiente criterio de verdad religiosa, entonces ¿por qué había de serlo la opinión de un solo hombre, por sabio que éste fuera?

Aunque la apariencia del debate era meramente religiosa, en realidad lo que se estaba discutiendo a la vez era una nueva concepción de la filosofía y de la capacidad cognoscitiva del ser humano¹¹. Este proceso que recorre todo el siglo XVI, y que conforma este período del Renacimiento europeo tanto como la Reforma y el propio movimiento humanista, no iba a culminar hasta que Descartes diera un giro radical a las tesis epistemológicas entonces vigentes. En este doble proceso, religioso y filosófico, se desenvuelve la opción del humanista de Fregenal por la retórica frente a otro tipo de discurso filosófico.

La solución retórica de Arias Montano es una respuesta eminentemente renacentista y cristiana a la pregunta por el valor del conocimiento humano y a la utilidad de la filosofía como conjunto de saberes válidos para dirigir la vida del hombre. Frente a la dedicación de Pedro de Valencia a la exposición y aclaración del debate escéptico principalmente desde la perspectiva académica, la postura de Arias Montano constituye un abierto desafío de las tesis que niegan la capacidad cognoscitiva del hombre y una negación de los cauces que la filosofía moderna iba a dar a la teoría epistemológica tras la crítica escéptica. La opción misma que hace Arias Montano por la retórica como género literario es una buena muestra de esto, resultado de la fuerza que el lenguaje había adquirido en las consideraciones filosóficas de estos humanistas¹².

Los modelos retóricos que utiliza para escribir su propio texto ya determinan la capacidad del hombre en dos ámbitos bien determinados: el de la enseñanza

¹¹ En la pág. 24 de la *Retórica* (vv. 295-302) Arias Montano hace una clara referencia a la capacidad destructiva del escepticismo tal y como lo utilizó Carnéades.

¹² "¿Cuál es la causa de esto? Pues que faltan aquí las palabras, una dulce forma de hablar y una señal de inteligencia, de mucha mayor hermosura que estas cualidades, es decir, el lenguaje, gloria de la naturaleza y creado a imagen de los dioses; faltan, en fin, los más hermosos dones de la vida humana". *Rhet.*, pág. 5.

y el de la ética. El motivo mismo de la *Retórica* es proveer un método que dirija al orador por el camino adecuado a la hora de aprender las técnicas oratorias, pero también para conocer y enseñar de manera correcta aquello que es la verdadera doctrina. La retórica para Arias Montano es, en realidad, «el trazado de un camino por donde puedas, avanzar, pero, por supuesto, siempre que no te falten pies ni andares.»¹³ Esto nos sugiere dos ideas que están en el trasfondo de la afirmación de Arias Montano. De un lado, que el camino por el que ha de andar el orador cristiano no está trazado, ya que hay confusión. Lo que el autor pretende en estos primeros versos es advertir a su interlocutor de la necesidad de establecer un criterio seguro que no aparte al orador de su objetivo¹⁴. La necesidad del criterio venía dada por el relativismo epistemológico que acompaña a todo auge del escepticismo. Si no hay verdad absoluta ni criterio firme para conocer la realidad, parece que cualquier criterio puede ser válido, ya que todos son igual de verdaderos. La segunda idea con la que cuenta este humanista a la hora de establecer los criterios epistemológicos que va a exponer es que lo que sí está claro es que el cristiano tiene, si no un criterio, al menos un fin al que dirigir su vida, con lo cual la primacía de la filosofía en cuanto razón práctica ha de imponerse en caso de confusión completa acerca de los criterios teóricos en los que fundamentar el discurso ontológico.

Lo que ocurre es que Arias Montano no da este último paso de manera definitiva. La primacía de la razón práctica no se da de manera absoluta, ya que él no ha renunciado a la posibilidad de conocer las causas últimas de la realidad; lo único que hace de momento es reconocer que las tiene que exponer y hacer explícitas porque ya no están tan claras después de las arremetidas de los reformistas y las dudas de los escépticos. Las referencias a la única meta y a la necesidad de establecer el camino para llegar a ella son recurrentes en el Libro I al advertir que «ante todo trazarás un plan con una sola meta; tendrás que imaginar en lo alto de una cumbre una señal, para dirigirte a ella y a menudo poder evocarla y verla, no sea que por ir recorriéndolo todo como un vagabundo sin orden ni concierto, al final no consigas nada por culpa del cansancio del camino y el agotamiento del esfuerzo, y, al volver a intentarlo de nuevo y retornar otra

¹³ *Ibid.*, pág. 8.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 7.

vez, des al pueblo un espectáculo indigno y éste te expulse de toda la arena entre abucheos y muerto de vergüenza».¹⁵ Esta necesidad de recordar la meta última del camino que está trazando tiene que ver con las meras técnicas retóricas, pero sobre todo está relacionada con la doctrina epistemológica y ética que hay tras la redacción de la *Retórica*. Aunque se trate de un principio cuestionado y sea preciso recordar su validez, el mundo, la realidad, es una porque no es sólo naturaleza, sino que es principalmente Creación y su sentido es religioso. Esto determina la concepción ontológica de la realidad que tiene Arias Montano y configura su teoría del conocimiento como una concepción dogmática en el sentido de que cree que hay una realidad verdadera y un solo camino para descubrirla. A la vez, la imagen del único fin o meta del hombre servirá como paso inicial para establecer los elementos fundamentales que han de integrar el camino espiritual del hombre cristiano:

«I ésta firmeza, i certeza de la verdad, i eficiencia de la Doctrina Christiana quanto es de parte de la misma doctrina siempre perseverará constante, i sin mudanza»¹⁶.

De esta forma, la naturaleza es tratada como el lugar en el que el creyente tiene algún acceso, aunque sea mediato, a su fin último. La realidad se presenta ordenada y accesible al conocimiento del hombre porque ordenada y armónica es la Creación. Es éste el lugar del cual el orador ha de tomar los ejemplos, de manera que su actividad entendida globalmente ha de ser dispuesta a la manera en que la propia vida está ordenada¹⁷. Esta armonía inherente al mundo de la naturaleza alcanza en Arias Montano -como en fray Luis de León- el nivel de una relación isomórfica entre la estructura de la realidad, tal y como el hombre la puede conocer, y el entendimiento de ese mismo hombre dispuesto a recoger su saber sobre el mundo en forma de filosofía.

«La sabia naturaleza ya dio un orden exacto y unas leyes a las que ella misma recurre con frecuencia: quien sigue sus pasos y de lejos percibe sus huellas, nos parece un orador y un sabio».¹⁸

¹⁵ *Ibid.*, pág. 19. Argumento que se repite en la pág. 20, vv. 250 ss.

¹⁶ Benito Arias Montano: *Dictatum Christianum*. (traducción de Pedro de Valencia; edición de M. Andrés Martín), Badajoz, Diputación Provincial, 1983 pág. 35. (En adelante citaré por esta edición con la palabra *Dictatum* más el número de página.).

¹⁷ «El mismo orden de la vida es el que toman los oradores». *Rhet.*, pág. 43.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 40.

Esta concepción ontológica y epistemológica de Arias Montano culmina con la distinción que el humanismo biblista hace entre los dos modos o vías de conocimiento que el hombre tiene a su alcance para alcanzar la realidad absoluta, la verdad. De un lado está la sabiduría humana, la filosofía que deriva de las ciencias humanas y que tiene su mejor reflejo en la tradición clásica que el propio humanista conoce y utiliza abundantemente. De otro, está el más elevado camino del conocimiento, el único que puede elevar el espíritu humano hasta ese fin último que debe orientar su existencia. Esta sabiduría verdadera es un segundo nivel, un estadio avanzado al que sólo algunos tienen acceso, pero que se complementa perfectamente con el conocimiento de las cosas humanas que proporciona la filosofía bien entendida. La sabiduría verdadera es la que concede la revelación divina mediante la Biblia, que se convierte así en el criterio último de autoridad y en la fuente máxima de verdad para el humanista cristiano. Conocer la Biblia mediante las adecuadas técnicas de crítica textual, de las lenguas originales y de la hermenéutica supone avanzar un paso en el nivel de conocimiento que se alcanza mediante la filosofía, y esto es así aunque la sabiduría humana sea completamente necesaria en la doctrina gnoseológica del humanismo cristiano.

«Por tanto, de las palabras de Dios sacaremos lo que es honesto y bello, pues suenan certeras, no contienen engaños, y no pueden apartar ni separar del camino al que quiere aprender el mensaje que la piedad divina en persona nos transmite.

Éste es tu primer cometido. Después de él, que te hablen los escritos de antiguos varones y las justas leyes que van en pos de la santa luz, el derecho emanado de los sagrados mandamientos, el concepto de virtud que hemos descrito, sus verdaderos matices y una imagen global de la belleza, no importa de dónde venga»¹⁹.

Ahora bien, sólo en la retórica es posible hacer confluir ambas vías de conocimiento, ya que el orador es ante todo un pedagogo que tiene que mostrar en sus discursos la estructura misma de la realidad, la verdadera esencia de un mundo que ha de reflejar en cada rasgo la imagen de su creador. El orador ha de exponer la verdad que hay en las palabras de Dios, ya que lo honesto, lo bello y lo verdadero vienen a ser tres dimensiones de una misma realidad que se

¹⁹ Ibid., pág. 54.

manifiesta de manera absoluta al humanista cristiano. Hay, por tanto, una verdad absoluta y una vía determinada para alcanzarla, aunque para su exposición y mejor entendimiento se pueda recurrir a los medios que proporciona la sabiduría humana, la filosofía; a la exposición de esta verdad única y universal está orientada la labor del orador, cuyo método y arte están expuestos en los libros retóricos. De esta forma, frente al tratado académico y a los ensayos posteriores, es la retórica el género literario que mejor expresa la concepción del mundo y del conocimiento que tiene Arias Montano. En ella, saber y expresión se identifican en la consecución del fin único que preside la vida del orador, del sabio, esto es, el esfuerzo por mostrar el camino verdadero de la auténtica doctrina cristiana.

3. ÉTICA Y PEDAGOGÍA.

La concepción de la sabiduría que tiene el humanismo cristiano está marcada de manera definitiva por la diferenciación entre esta dos vías de conocimiento, pero eso no supone la reducción del ámbito en el que la razón humana puede desarrollarse de manera completa para alcanzar los objetivos que sus fuerzas le permiten. Esta idea aparece de manera clara en la doctrina de Arias Montano quien, a la vez que señala la doble vía del conocimiento, se esfuerza por resaltar el importante papel que la razón tiene en la enseñanza de la doctrina, de la virtud cristiana.

«En cambio, otra clase de sabiduría sale a recibirte al entrar en su sagrado templo y te abre con gozo lo más oculto, Gaspar, para que no te tomes a la ligera el amor a la virtud sino que pongas en práctica las enseñanzas de Dios, que son con seguridad el más hermoso ornato de los hombres, pero que se consiguen con muchos sudores.

Por ello, los recursos de la razón que la bienhechora naturaleza y la experiencia de la vida te han concedido, y que tú rematas con una técnica provechosa, te serán de ayuda a la hora de emprender tareas de mayor entidad y te sostendrán firmes las manos y los hombros cuando quieras vencer con la palabra las dificultades de cualquier tipo de causa.»²⁰

La virtud se puede, entonces, enseñar mediante los recursos de la razón y de la experiencia. Esta parece ser la consecuencia que sacamos de la primera aproximación que hemos hecho al pensamiento de Arias Montano. El repaso a su doctrina epistemológica y a su concepción ontológica nos llevan de vuelta al

²⁰ *Ibid.*, pág. 11.

principio, a la conclusión del Gorgias platónico. La virtud, en este caso la cristiana, se puede enseñar y tal es la labor del orador.

La continuación natural del pensamiento humanista de este autor parece ser la que indican las propias páginas de la *Retórica*, la necesidad de exponer de manera detallada el camino espiritual y ético que sólo formalmente se ha expuesto en aquél libro. Recordemos que la función pedagógica y ética de la retórica está presente de manera permanente en el texto, conformando una unidad argumental con la teoría del conocimiento que hemos analizado. Así, pues, conocimiento, ética y pedagogía se convierten en los tres ejes principales de la filosofía tal y como es entendida por Arias Montano. Ya en la exhortación inicial a Gaspar Vélez de Alcocer se manifiesta esta unión indisoluble entre los diversos ámbitos que configuran la filosofía del humanismo cristiano:

«Por tanto, mediante la descripción de lo que debes evitar con cautela, Gaspar, intentaré mostrarte el camino, un procedimiento con el que puedas dominar la estructura retórica y los preceptos del buen decir.»²¹

Si en los libros retóricos el empeño se centra en mostrar el camino virtuoso para ser un buen orador, esta conexión íntima entre epistemología, ética y pedagogía se pone de manifiesto de una manera diferente en el *Dictatum Christianum*. Aquí, la prioridad no vendrá establecida por la preeminencia de la palabra, sino que será la espiritualidad cristiana la que configure el criterio último de actuación virtuosa. Los principios fundamentales continúan siendo los mismos, pero la perspectiva adoptada alterará sensiblemente el resultado discursivo. Ya no será el buen decir el que determine la estructura del discurso filosófico, sino que la pedagogía de la virtud cristiana adoptará ahora el doble camino de la espiritualidad y de la ética.

El itinerario espiritual trazado por Arias Montano ha sido analizado por Andrés Martín en su "Introducción" al *Dictatum*. Siguiendo sus opiniones, podemos decir que el *Dictatum* constituye una vía espiritual original y a la vez distinta de las vías espirituales más comunes entre las que se explotan en el siglo XVI²². Este itinerario espiritual ha sido calificado por el mismo autor como «vía

²¹ Ibid., pág. 6.

²² Andrés Martín, M.: "Introducción"; en Benito Arias Montano: *Dictatum Christianum* (traducción de Pedro de Valencia; edición de M. Andrés Martín), Badajoz, Diputación Provincial, 1983, pág. LIV.

ecuménica» y se caracteriza inicialmente por las importantes consecuencias políticas y las aplicaciones prácticas que persigue²³. De esta forma, se separaría de los intentos por clasificar la espiritualidad de Arias Montano entre las corrientes heterodoxas -ya sea erasmismo o familismo- que recorren el siglo XVI español. La vía de Montano sería una vía perfectamente articulada, completa tanto en su estructura teórica como en las consecuencias prácticas que de ella se derivan y, lo que es más importante en este punto, escrita dentro de los límites ideológicos de la Iglesia Católica²⁴.

Dentro del marco teórico que configura la espiritualidad humanista de Arias Montano hay tres principios que conforman la estructura de su pensamiento. Por una parte, la prioridad establecida alrededor de los valores espirituales que jalonan el camino moral del cristiano, a saber, temor de Dios, penitencia y caridad. Por otro lado, la dimensión eminentemente ética que tienen tanto la *Retórica* como el *Dictatum Christianum*. El discurso acerca de la *virtudes* es de una importancia fundamental en la arquitectura mental de Arias Montano; no se trata solamente de dotar de contenido cristiano el concepto griego de virtud, sino que la ética de la virtud tal y como es formulada en Platón -en su relación con la pedagogía, la virtud es enseñable- y como aparece en Aristóteles -en su conexión con la estructura psicológica del alma humana y con el esquema de actos, hábitos y *êthos*- es el complemento necesario de un pensamiento que supera las bases espirituales sobre las que está construido. Por último, la necesidad de que la vía práctica del cristianismo que intenta exponer a través de la espiritualidad y de la ética en el *Dictatum* sea de hecho una realidad en el mundo educativo del momento, es el tercer elemento de esta forma humanista de replantear los temas de la Antigüedad clásica.

De esta manera, la articulación de la enseñanza de la doctrina cristiana se establece inicialmente en torno a los tres principios de la espiritualidad ecuménica de nuestro autor. Temor de Dios, penitencia y caridad son tres estadios espirituales progresivos, lógicos e inevitables para quien quiera alcanzar la virtud cristiana; virtud que se sustenta sobre las dos ideas de toda doctrina que se tenga por verdadera, a saber, conocer a Dios y buscarle y seguirle como al maestro²⁵. Además, Arias Montano cree firmemente que el estado de bienaventuranza que se consigue por medio de la vía espiritual que va a exponer está al alcance de

²³ Ibid.

²⁴ Ibid., pág. LXIV.

²⁵ *Dictatum*, pág. 16.

cualquier cristiano, aunque no todos los cristianos puedan llegar a conocer los principios de la doctrina en toda su profundidad²⁶. Lo único que hay que hacer es salir de los errores en que está la mayoría «persuadiéndose que la piedad, i simplicidad christiana, i la virtud, i la bondad, siempre es superior, i prevalece, i está libre de qualquiera reprehensión»²⁷. El objetivo es, por consiguiente, alcanzar la piedad, que el autor entiende como aquello que los discípulos de Cristo deben saber guardar y cumplir por encima de todo²⁸ y que queda resumida en los tres principios espirituales a los que hemos hecho referencia:

«La suma de ésta verdadera Piedad, i servicio de Dios, de que avemos comenzado a tratar, para que se sepa, i se exercite, se divide en tres Partes, que son, Temor, Penitencia, i Caridad junta con el egercicio de los mandamientos de Dios»²⁹.

Es importante destacar que la dimensión espiritual de la vía que propone Montano aparece desde el inicio marcada por la necesidad ética de que estos principios se *conozcan* y se *ejerciten*. La mera descripción del camino no es suficiente; es el esfuerzo individual por conseguir llegar a estos tres estadios consecutivos lo que marca la diferencia radical entre los verdaderos seguidores de la doctrina cristiana y los que no lo son. Y lo fundamental del planteamiento de Arias Montano es que la doctrina cristiana, tal y como es expuesta por medio de esta vía espiritual, sólo alcanza su sentido completo si se entiende a la vez como un ejercicio ético del individuo por superarse, por llegar al fin que se ha propuesto. Espiritualidad y ética son, pues, las dos dimensiones de un mismo programa de exposición de la doctrina cristiana.

El tercer elemento en este camino espiritual lo constituye la enseñanza misma de la doctrina. Como bien ha expuesto Andrés Martín³⁰ el tratado de Arias Montano está construido de forma sencilla y coherente, como si fuera a servir de manual para cualquier cristiano que lo tuviera en sus manos. Como vimos al exponer la teoría epistemológica de nuestro autor, en el mundo del humanismo cristiano la pedagogía aparece unida de manera indisoluble con la gnoseología y con la ética. Se trata de tres líneas de un mismo programa intelectual dirigido

²⁶ Ibid., págs. 26-27.

²⁷ Ibid., pág. 44.

²⁸ Ibid., pág. 49.

²⁹ Ibid., pág. 54.

³⁰ Andrés Martín, M.: Op. Cit., pág. XV.

a exponer la verdad cristiana, verdad que el humanista tiene que difundir entre el pueblo para que éste oriente su vida de acuerdo con los principios verdaderos del cristianismo. En tiempos de confusión doctrinal y espiritual tal y como la del siglo XVI en toda Europa, se hacía necesario que el hombre no cultivado tuviera acceso de una manera fácil y sin excesivas complejidades de tipo teórico a la verdadera doctrina de la Iglesia Católica tal y como había sido formulada en Trento. Esta es la labor que lleva a cabo Arias Montano cuando escribe su lección cristiana.

Se trata de un manual de espiritualidad, a la vez contiene las ideas éticas -no sólo morales- del autor; pero, sobre todo, el *Dictatum Christianum* habría de servir para enseñar la doctrina cristiana a cualquiera que tuviera acceso al libro. La importancia de la pedagogía en el programa intelectual del humanismo cristiano aparece plenamente justificada en el contenido y en la estructura de esta obra. Además, las investigaciones de Morocho Gayo³¹ acerca de la utilización por parte de Pedro de Valencia de este texto como manual de enseñanza en la escuela de Zafra reafirman el valor pedagógico de la doctrina espiritual y ética en él expuestas. Lo que había sido una constante en la práctica del humanismo durante los siglos XVI y XVII -el énfasis en la dimensión pedagógica del saber humano-³² traspasa en la filosofía del humanismo cristiano el formalismo teórico de los tratados retóricos para enfrentarse a la necesidad de llegar con esa pedagogía al pueblo cristiano. La percepción de que la actividad del humanista debe estar dirigida a la enseñanza espiritual y doctrinal de los fieles es clara en Arias Montano. Además, su idea de que el camino de la doctrina no puede ser ya meramente espiritual le conduce a expresar la verdad cristiana en términos éticos, esto es, resaltando la necesidad de que el hombre construya su vida alrededor de la doctrina cristiana y lo haga mediante el ejercicio cotidiano de sus principios fundamentales. Dada la situación espiritual que se vive en la segunda mitad del siglo XVI, al cristiano ya no le queda más opción que la de hacerse creyente en cada uno de sus actos cotidianos.

³¹ Morocho Gayo, G.; «Trayectoria humanística de Pedro de Valencia: su actividad en la escuela de Zafra.» En *Actas del VII Congreso de Estudios Clásicos*, Madrid, Universidad Complutense, 1989, vol. III, págs. 607-612.

³² "En nuestra opinión es la pedagogía y no la filosofía o la literatura, sin más, el soporte básico en el que encuentran asiento y explicación las múltiples manifestaciones intelectuales, artísticas o no, engendradas y difundidas por los humanistas". L. Merino Jérez: *La pedagogía en la Retórica del Brocense*. Salamanca, Universidad de Extremadura-Diputación de Cáceres, 1992, pág. 14.